



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana, Setiembre 10 de 1871

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 45

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Política y hambre, por Juan Perez.—En la masa de la sangre, por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de Emilio Castelar, por Julio Nombela.—Epístola de Nueva York á JUAN PALOMO, por John Bull.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuacion), por Juan Sin-Tierra.—La Internacional (poesia), por Juan Camama.—Sartenazos.—Anuncios.

Caricaturas, por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

De grado ó por fuerza, tenemos que convenir en que la diplomacia es una gran cosa.

¿No conviene usted conmigo, caballero lisonjero? Pues peor para usted, que no merece que unas cuantas personas, con uniforme de embajador, se desvelen por representarlo en el extranjero y por hacernos ver las cosas tales y como son.

Porque la verdad es que sin el auxilio de la diplomacia, iríamos por el mundo á tontas y á locas, figurándonosnos que lo blanco es negro y lo negro blanco.

Y si nó, ahí está la cuestion de Venezuela, que no me dejará mentir. Nosotros, pobres inocentes que aún estamos en el A. B. C. de la diplomacia, creíamos que el gobierno de aquella república habia cometido un verdadero desacato, que habia faltado á todas las conveniencias internacionales y que habia ofendido el nombre español, consintiendo y protegiendo la salida de su territorio de una expedicion filibustera. Pero se ha hecho cargo del asunto la diplomacia, y con llenar cuatro ó cinco pliegos de papel, lo ha dejado todo listo. Porque hay cuestiones internacionales que son como esas cosas que en esta tierra se llaman *papalotes*, que con unos cuantos pliegos de papel están arregladas.

Sí, señor; todas aquellas majaderías creíamos, pero resulta ahora que el gobierno de Guzman Blanco es lo más campechano que se ha visto, y que dejando salir el *Virginus* de Puerto-Cabello, nos ha hecho un favor en vez de hacernos un agravio. Segun parece, habló con los borricos que trajo, y luego se comió, Rafael Quesada, y estos le aseguraron, bajo *palabra de honor*, que no venian á Cuba con mal fin.

Guzman Blanco ha dado explicaciones muy terminantes, y el que no se satisfaga, será porque pertenecía á la gente ordinaria.

¿Ustedes ven como no entienden una jota de diplomacia? Es esta una ciencia infusa, cuyos arcanos no podemos penetrar los que discurrimos á la pata la llana.

Llegó Quesada á Venezuela, y Guzman Blanco le dió fusiles, pólvora, hombres y proteccion para que lo sacara todo con felicidad.

Hemos llegado nosotros, y nos ha dado explicaciones.

Mañana llegará un mandarin de la China, y le dará expresiones para su parienta.

Señor, está claro; el que dá lo que tiene, no está obligado á más. ¿Por qué hemos de ir ahora á enfadarnos con un sujeto tan *expléndido*, que dá de todo?

Lástima es que en mútua correspondencia no le demos....—pregúntenle ustedes á la punta de mi pié lo que deberíamos darle.

La cuestion del *Virginus* se arregló ya satisfactoriamente (para los Quesadas, sobre todo), y segun los últimos descubrimientos diplomáticos, no hay motivo para que dejemos de ser buenos amigos de los venezolanos.

Pero hay otra cuestion pendiente: ¿qué dirémos de esos centenares de emigrados españoles que han venido huyendo de aquellas tierras? Y han escapado de allí por el fútil pretesto de que el paternal gobierno de Guzman Blanco, que dá fusiles á Quesada, explicaciones á los diplomáticos españoles y memorias á los mandarines chinos, les daba tambien á ellos alguno que otro palo.

Seguro estoy de que mañana ó pasado la diplomacia nos enseña que el que sacude el palo no es el culpable, sino el que lo recibe. Con no tener costillas ni cosa que lo parezca para recibirlo, se evitan el dolor, el disgusto y sus naturales consecuencias.

Dígame usted: esos españoles que han venido huyendo, tienen costillas?

¿Sí? Pues ya lo vé usted; es una insigne torpeza permitirse ese lujo en la patria del cacao y de los Guzmanes Blancos.... como la nieve. ¡Bien merecido tienen lo que les ha sucedido!

Gracias á que los diplomáticos tienen buena mano, y todo lo dejan al pelo con tres ó cuatro notas.

Por ejemplo, el *si* bemol, el *fá* sostenido y el *do* natural.

Entre todos la mataron, y ella sola se murió. De *La Revolucion* hablo: de aquel casi periódico que tanta alegría nos ha traído á casa, que tanto nos ha hecho reir en esta vida.

¿Qué será ahora de nosotros sin *La Revolucion*? El periódico mambí me hacia el efecto de esas yerbas que cuelgan del techo en algunas tiendas de comestibles para que las moscas acudan á ellas y dejen libre lo demás.

En ese papel, dividido en columnas, se pegaban todas las mentiras y las majaderías del laborantismo.

¿A dónde irán ahora á posarse tantos dislates?

Ha muerto *La Revolucion*, porque su director Merchan no puede vivir ya en Nueva York.

¿Por qué será eso? En el instante mismo en que todos los *patriotas inéditos* se han unido, Merchan se vá de Nueva York, sin duda para vivir más *estrechamente* unido con sus compatriotas.

¿Qué modo tan raro de estrecharse! Cuando *Cubita Libre* ha vencido á los españoles, segun dice una hoja suelta que ha publicado en Nueva Orleans la *Sociedad de Artesanos*; cuando exclama *La República*: "Los hombres del *Diez de Octubre* nos han traído la realizacion de nuestras más bellas esperanzas: la hora de nuestro triunfo está próxima;" vá ¡y qué hace *La Revolucion*? se muere, cabeza y todo.

Eso es lo que se llama ser finos y delicados! ¡Pobre *Revolucion*! entre todos la mataron, y ella sola se murió.

Advertencia.
El duelo se despide en el bolsillo de Aldama. Se admiten lágrimas; prefiriéndose las que se presenten en forma de doblones de á cuatro. No se reparten esquelas, porque es lo que ellos dicen, si se ha de repartir, una vez puestos, repartirémos palos.

No hay gente que tenga que aguzar más el ingenio que los ministros de Hacienda. El de España, con aplauso de todos, está haciendo supresiones á diestro y siniestro, hasta que consiga suprimir el modo de cobrar á muchos que lo hacen, sin un gran derecho, que digamos. Pero su colega el de Francia le ha ganado en eso de buscar recursos.

Está estudiando una nueva contribucion sobre los pájaros enjaulados.

Lo de *enjaulados* podía sobreentenderse, porque vaya usted á poner contribucion á los pájaros que van por el aire.

¿Cómo se las compondría el recaudador? Tendría que usar alas.

El dia que sean contribuyentes los loros y las corrorras, parecerá ya la cosa más natural del mundo aquella sándia exclamacion del labriego:

—¡Usted perdone; creí que era usted un pájaro!

¡Qué diantre! Serán entónces contribuyentes los pájaros. Por lo pronto, ahora no faltan contribuyentes, que son buenos *pájaros*!.... de cuenta.

JUAN PALOMO.

POLÍTICA Y HAMBRE.

Artículo escrito en ayunas.

Dios te guarde, JUAN PALOMO, viejo mío; soy yo, tu antiguo amigo Juan Perez, que te hace una visita de confianza con el plausible objeto de que le des de almorzar. No te alarmes, soy sóbrio, y no aspiro á un almuerzo de estilo progresista, que la oprimida patria, vulgo *arranquera*, está que no puede más, y gracias que nos permita engullirnos un pedazo de crédito en cualquier inédito figón.

Pero, hombre, ¡qué ojazos me echas! Te comprendo: me pides una explicación de mi conducta pasada, de mis aspiraciones presentes, de mis futuros cálculos...

Pide, hijo, pide; precisamente nadie sabe hacer otra cosa; la humanidad entera, desde el rey al por-diosero, no tiene otro oficio de algún tiempo á esta parte: los unos piden peras al olmo, los otros paciencia, y todos dinero, ese vil metal que en nuestros días no se puede adquirir, ni por el honesto medio de la contribución indirecta, sin graves desazones, según leo en los periódicos.

Te contestaré: la parte de mi pasado que desconoces, y que empieza el día en que al darte mi último artículo, te pillé el último doblon, que gasté en zapatos, la he invertido en la resolución de un problema político de trascendental importancia; escúchalo: averiguar, por medio de las crisis gubernamentales, los grados de potencia impulsiva que necesita la noria constitucional para elevar con garbo los cangilones de la oposición á la categoría de cangilones ministeriales, encaramándolos por el recurso de la voltereta, en lo más empujado de la situación, desde cuyo punto se domina perfectamente el nebuloso presupuesto y el diáfano tesoro público...

Pero, hombre, no pongas esa cara, en la que veo retratado un asombro pueril, por no llamarlo estúpido, sobre todo en ayunas. Mira, yo te iré hablando de política, y tú entre tanto prepararás el almuerzo; es una ocupación decente y humanitaria, que mi estómago sabrá apreciar y digerir; además, me propongo indemnizarte del sacrificio, dándote un artículo á cambio de jamón. A ti deberé hoy el prosaico alimento que nutre la materia, como si dijéramos, el pús del inmenso grano que le ha salido al mundo, y que se llama humanidad, especie de viruela originaria del paraíso, donde tomó el carácter de confluente y contagiosa por los pocos miramientos científicos con que la trataron nuestros primeros padres. Oh! la humanidad, como vociferan los filósofos, es casi toda materia devoradora y exigente, salvo algunos ligeros aditamentos espirituales, que se van gastando con los años y el uso.

Ya ves, tú, lo que yo te ofrezco es más puro, más elevado, aunque menos nutritivo. El pan que en tu mesa colocó, amasado con la levadura de la inteligencia, es el que vigoriza al alma que lo come envuelto en papel como las chuletas á la *papillot*; es la idea escrita que remonta el hambre y el hombre á las altas regiones del espíritu donde, no tropieza ni con una rama de verdolaga que le pueda servir de desayuno; este pan abstracto, impalpable, sublime, no nutre al cuerpo, pero se pueden fabricar con él magníficas cataplasmas anodinas para la conciencia.

Sí, para la conciencia! Tú te ríes, mi querido JUAN, viejo marrallero y feo como un demonio, porque no la tienes; pero la conciencia existe: yo hablo de ella, creo en ella, me muero por ella. A ver, que me la sirvan en tortilla, aunque reviente! En cualquier casa de préstamos y contratación, con tal que esté legalmente matriculada, se vende al menudeo.

¡Qué de cosas han pasado, JUAN PALOMO, desde que no nos vemos! Tú tienes ya un año más, como yo, como el mundo, como la revolución de Setiembre; á Francia se le extravió su emperador en medio de una fiesta militar un tanto agitada, surgió la *Commune*, se inauguró *La Internacional*, Roma estrenó un rey, y el Papa unas zapatillas aderezadas con brillantes que ¡hasta allí!

Mira, yo no quiero hoy hacer política de *extran-jis*; te veo seriamente preocupado con el artístico arreglo de unas aceitunas sevillanas, y no puedo apartar mi imaginación de la patria que adoro y de las aceitunas que aborrezco, al extremo de no poderme contener ansiando devorarlas. Primero la patria, luego la familia...

Mira tú si el amor á la familia será poderoso, que hasta un príncipe que se llama don Antonio, y es

Orleans sin dejar de ser Borbon, y diputado, y cosechero de naranjas de china, lo siente en su corazón con una fuerza de quinientos caballos.

Tú habrás oído hablar mucho de incompatibilidades, de polos opuestos, de principios que se rechazan, contubernios monstruosos y anomalías extremas; pues ten entendido que nada hay más perfectamente antitético que suegras y yernos, salvo alguna bíblica excepción.

Pues bien, el amor á la familia ha hecho viajar por ferro-carril al duque de Montpensier, para acercarse á su suegra doña María Cristina, hasta ponerse al habla.

Y tropezar con ella.

Y admirar su antiguo busto, con permiso del siglo que la vió hacer pininos.

Y echarle media docena de chicoleos, con la vena de su cónyuge.

Y conciliarse, amoldarse, hundirse en ella: ea, que ya es hora de hablar claro.

Oye, PALOMO, te advierto que detesto el pepino; es el fruto indigesto de una naturaleza subversiva; coloca en su lugar aquellos rabanillos franceses, eso es. Ahora hablemos de la madre política del hijo de Luis Felipe.

—Mira, Antoñito, le dice ella; es preciso que refrenes tus inmoderados apetitos *reinantes*; eso no se ha hecho para tí ni para tu primo; vamos, que no está de Dios que eso suceda, para que me entiendas bien. Eres ya mozo granado y debes tener juicio y otra cosa, que me callo por no soliviantarte. ¿Prometes seguir mis consejos? Ya sabes tú y sabe España que los sé dar de los que levantan ronchas.

—Los seguiré, señora, hasta la pared de enfrente. Sólo la mampostería podría echar á perder mi docilidad.

—Pues bien, hijo mío, porque tú eres mi hijo, aunque parezca mentira; aquí tengo en adobo otro hijo que es hijo de tu hermana, augusto retoño nacido con la ayuda de la comadre de parir, al pié del trono de San Fernando, un santo que no es de tu tierra ni de la mía. Míralo, se parece á su padre, que es un fenómeno de semejanza. Aquí donde le ves, tiene ya una afición decidida á pasear en coche; ya ves tú que no desmiente su origen... Hombre, dale un besito.

—Mil, si usted quiere; y mire usted, mamá, lo que es el vínculo y la electricidad, me lo comería... á besos.

—Te reconozco en ese rasgo masticable, Antonio; eres el mismo. Tú debes y puedes colocar á este desventurado niño, que es tu sangre, ¿lo entiendes? que es tu sangre, en la mismísima cúspide de la fortuna, donde quería encaramarlo don Luis; en ese sitio peligroso, sobre todo en Setiembre, le acompañaremos toda la familia, por si se resfria. ¿Prometes amarlo, peinarlo y protegerlo?

—Cuenta usted conmigo.

—¿Y servirle de... pues, lo que se llama servirle?

—Al pié de la letra.

—Y no hacerle ninguna partida serrana?

—Yo, pecador, me confieso á Dios...

—Basta; tómalo de cuerpo entero, y brinda.

—Por *usía*, por su señoría, y por *toa la gente honrrá*...

—Ea, pues líla la muleta, y al toro.

Dices que ya está el almuerzo? ¡Bendita sea tu boca! También el artículo tocó á su fin; tómalo, y cuidado con decirle á tus lectores que en mi casa me llaman Mariano Ramiro por mal nombre. Fírmalo con el nombre *palomístico* de

JUAN PEREZ.

EN LA MASA DE LA SANGRE.

"El ministro de Ultramar ha contestado á los pretendientes de destinos, que no separará á ninguno empleado sin justa causa."

Más valor que el de un general que ataca al enemigo, cuando este es muy superior en número; más que el de un capitán que á pecho descubierto y con una mermada compañía escala una trinchera; más, en fin, que el de un joven simpático y sin vacunar, que se casa teniendo poco sueldo, se necesita para desafiar las iras de los pretendientes con una contestación tan puesta en lo justo como la que dicen que les ha dado el señor Mosquera.

Porque en España solicitan empleos todos los españoles habidos, una gran parte de los que están aún por haber, y creo que muchos de los que ya han sido.

Es una cosa que está en la masa de la sangre y que no se puede remediar.

Por eso digo que el primer hombre de gobierno que se atreva á decir: "Hasta aquí hemos llegado, caballeros; tendrá empleo el que lo merezca y el que nó se quedará sin él; y si de no tenerlo se muere, que lo entierren, por ser el procedimiento más suave que se puede emplear con un difunto; y si en vez de morirse rabia, que le pongan un bozal ó que le den estrignina; ea, se acabó; al que no le guste así le queda el derecho de reventar, que es uno de los derechos individuales que ménos se usan, cuando es el más legítimo y el más puesto al alcance de todas las familias."—Ese hombre, el que así hable, será el ministro más valiente de todos los ministros; el Cid Campeador de la política; el Roger de Flor de los intereses nacionales.

Yo quisiera dar á mis benévolo lectores y á sus apreciables esposas, una pintura cabal de lo que pasa en las antecámaras y en el despacho de los ministros, para que formen una idea de las amarguras que sufren estos caballeros.

Allá viene una viuda retocada, con tanto alháyalde en la cara, que la hace verdaderamente *cara*, y llevando fresquita, en los ojos, un par de gotas de agua, que se acaba de poner para que parezcan lágrimas.

—Señor, dice, yo soy la viuda de un patriota de primera, y á pesar de eso, me veo desamparada.

—Y quiere usted que yo le socorra en algo?

—Quiero que le dé usted un empleo á mi chico, que es el vivo retrato de su padre, y tan patriota como él, y con una letra que tiene, que no la hace más buena ni el mismo ministro de la Gobernación, mejorando lo presente.

—Pero eso no es bastante: su hijo de usted ha sido ya empleado? ¿qué edad tiene?

—Cumplirá ocho años y medio en Octubre, si Dios le da salud y vida, con el permiso de V. E.

—¡Ay, señora! el mejor empleo que se puede dar á su hijo es mandarlo á la escuela.

—¡A la escuela, él que tiene una letra que parece la letra de un rey, y que hace unas *efes*, y unas *tes*, y unas *equis*! Dices el maestro que no hay mano como la de mi Rafael para hacer las *equis*.

—Pues nada, que las siga haciendo algunos años más, pues por ahora no hay ninguna plaza vacante de *confeccionador de equis*.

—Este es el pago que se dá á los méritos de mi esposo! al hombre que murió en una barricada.

—¡Ah! su marido de usted murió batiéndose en una barricada?

—Batiéndose precisamente nó, porque él no era hombre de eso. Se estuvo en casa mientras duró la gresca; pero como era tan patriota, así que se acabó se fué á la calle á ver lo que había pasado. Era de noche, y delante de una barricada había un adoquín fuera de su sitio; tropezó en él, cayó y se hizo la cabeza en tres pedazos. Ya vé V. E. si tengo derecho á que la patria me dé un pedazo de pan!

—Pues mire usted, yo creo que en vez de una barricada, es una *borricada* lo que mató á su marido, y si á él se le abrió la cabeza en tres pedazos, á mí me la ha partido usted en seis; con que estamos en paz.

El que ahora llega es un mocetón como un roble, que podía ganarse muy bien la vida trabajando de peon de albañil.

—Aquí traigo una carta del primo de la mujer del amigo más grande que tiene el que ayuda á sacar los *deputados* en mi pueblo, para que me dé *vacuancia* un empleo de los mejores; porque no parece *rigular* que cuando á mi vecino el chato, que no sirve ni para fregar los suelos donde yo estoy, le hayan dado un *distino*, yo me esté así mano sobre mano, sin ganar un peseta.

—Está muy bien: va contestaré á quien le dió á usted la carta, y descuide usted, que será colocado donde merece.

Entra en la palestra un petimetre forrado de tonto.

—Adios, novel ministro! amigo, hemos logrado hacerte hombre: es verdad que lo mereces, pero sin la protección mía y de mis amigos, jamás hubieses llegado á ese puesto. ¡Qué artículo aquel, el que escribí contra la situación pasada! No llegó á publicar-se, es verdad, pero yo lo leí á muchos en el café, y no te quede duda de que precipitó la caída del gabinete. —Oye, ántes que se me olvide, quiero ir de embajador á Viena. Mucho me perjudica aceptar un destino, pero me sacrificaré para dar apoyo á la situación.

—Corriente; ya hablaremos sobre el particular y te daré una... (*empajada*).

Una señora del... tenor siguiente:

—Beso á V. E. la mano; ¿cómo está V. E. —Vaya, me alegro mucho! ¿Y la señora, y los niños? Qué remononísimos son! Anteayer los ví cuando iban al colegio. V. E. extrañará verme aquí de esta manera, pero no es posible que V. E. me desconozca: yo soy amiga de V. E. desde la infancia. ¿No se acuerda V. E.? Pues poquito hemos jugado al escondite y á la gallina ciega. ¡Quién me había de decir entonces que me había de ver como me veo! Porque ha de saber V. E. que yo me casé con un hombre (por supuesto! y como Dios manda) que no sirve para maldita la cosa, y como es consiguiente, el día que no hay en mi casa hambre, hay necesidad. Está claro,

y una no puede seguir así: al ver á mi marido tan inútil y tan pazguato, me ha ocurrido meterlo á empleado, y nadie lo puede hacer mejor que V. E., que me conoce desde la infancia y que ha jugado conmigo á la gallina ciega. Con que déle V. E. un empleo de tres mil pesetas, como ahora se dice, y me doy por satisfecha.

Y yo puedo asegurarle á usted, amigo lector, que de estas peticiones las hay á millares. No niego que hay muchos que solicitan con sobrada razón y relevantes méritos; pero estos, generalmente, son los que ménos importunan.

Por eso digo que el ministro que se haga fuerte á todas las exigencias y á todos los compromisos, merece todas las grandes cruces que se han inventado, desde la de San Fernando en adelante.

Y mientras al Sr. Mosquera le dan la mejor de todas, lo aplaudo por haber entrada en el buen camino, con paso firme y corazón entero.

JUAN DE AUSTRIA.

BOCETOS A LA PLUMA.

EMILIO CASTELAR.

Poco tiempo ántes de que estallase la revolucion de 1854, vivia en Madrid un jóven de 22 á 23 años, que luchando con los desdenes de la fortuna, habia logrado hacerse estimar de todos sus condiscipulos por su claro talento, por su viva imaginacion, por su fácil y elocuente palabra.

Una madre y una hermana constituian su única familia.

Siendo muy niño, habia perdido á su padre, y sólo á costa de los mayores sacrificios habia podido la autora de sus dias, mujer llena de fé y de abnegacion cristianas, educar á sus hijos, proporcionando al pobre huérfano los medios de seguir una carrera. Pagaba el jóven con entrañable amor la ternura de su madre y no desperdiciaba á su vez las ocasiones de ganar algunos recursos para ayudar á la que con tanta energía y fuerza de voluntad habia arrostrado los mayores sacrificios para guiarle por el camino de su verdadera vocacion. El jóven escribia sermones que algunos eclesiásticos hallaban excelentes, y se los apropiaban, gratificándole por ellos con la insignificante suma de cuatro duros. Si entre sus camaradas gozaba ya por entónces de gran reputacion el jóven de quien nos ocupamos, era perfectamente desconocido para la mayoría del público.

Pero estalló la revolucion de Julio; la libertad ganó una de las muchas batallas que ha empeñado en este siglo, y contribuyó á ella en las barricadas de Madrid con su ardiente palabra el que algunos dias ántes habia escrito su último sermon. La palabra se pierde cuando truena el cañon. Algunos de los que con más denuedo se habian batido en las barricadas, recordaban que en los momentos del combate habian oido palabras elocuentes, pronunciadas por un jóven de pequeña estatura, de voz atenorada, de fisonomía dulce, y más propósito para predicar la paz que para animar á la guerra; pero todos ignoraban su nombre, y ninguno esperaba volver á hallarle en su camino.

En el mes de Setiembre de 1854, se celebró en el teatro Real una reunion política con el objeto de preparar las elecciones para las Cortes Constituyentes. Asistieron á ella los oradores más distinguidos, los políticos más importantes, y dicho se está con esto que se pronunciaron discursos brillantísimos.

De pronto, pide la palabra un jóven, y todas las miradas se fijan en él sorprendidas por su atrevimiento. ¿Quién es aquel estudiante de 23 años, que erguido apenas, se destaca sobre los que se hallan sentados, que después de las voces poderosas que acaban de resonar, pide ser escuchado con una frase que termina en falsete?... Nadie lo sabe, pero empieza á hablar, y todos le escuchan poseídos de una viva curiosidad.

Su voz, atiplada al principio, vá tomando cuerpo, vá serenándose, vá acentuando con vigor las frases nunca oidas, y como á la magia del estilo se une la novedad fascinadora de las ideas, como la poesía pinta con sus más bellos colores la imagen de la democracia, como una inteligencia superior, un génio inspirado, una ilustracion vastísima, una memoria prodigiosa y una palabra elocuentísima se presentan bajo la forma del jóven orador ante aquel público asombrado, á cada instante resuenan entusiastas aplausos.

Los oyentes se muestran fascinados bajo la influencia de un prodigio; no bastan los aplausos y los gritos de admiracion. El entusiasmo raya en delirio, el delirio en frenesí.

Todos, apenas termina su discurso el jóven orador, corren á estrechar su mano, le abrazan, preguntan su nombre, le repiten entre vítores y aplausos, y uno de los más grandes oradores políticos, Gonzalez Brabo, bajo la influencia tambien del entusiasmo, se levanta y exclama:

—Yo te saludo, jóven democracia!

El objeto principal de la reunion se olvidó. Todos los que salian del teatro Real hablaban de Emilio Castelar, ponderaban su mágica oratoria, aseguraban que su palabra era aún más fascinadora que la de don Joaquin María López, y todos

á una auguraban al nuevo astro el porvenir más brillantísimo.

Al dia siguiente todos, absolutamente todos los periódicos de Madrid, lo mismo los liberales que los retrógrados, reprodujeron el discurso de Emilio Castelar: admirándole estos bajo el punto de vista político, aquellos bajo el punto de vista literario.

Media hora bastó al soberano talento de aquel jóven desconocido para llegar á ser una de las más grandes glorias de la tribuna española.

—Es necesario que sea diputado; dijeron todos los políticos, y aunque no tenia la edad para serlo, fué incluido en dos ó tres candidaturas.

No obtuvo el triunfo; pero ¿qué le importaba? Su nombre era ya un talisman, y los periódicos democráticos se disputaban su colaboracion, y los editores acudian á su casa á pedirle sus obras; y de todas partes llegaban comisiones á suplirle que fuera á las provincias, en donde, poseidos del entusiasmo que habia despertado en Madrid, anhelaban oírle, y no habia sacrificio que no arrostrasen por conseguir la satisfaccion de su deseo. Desde entónces, Emilio Castelar, no sólo para los que profesan sus ideas, sino hasta para sus adversarios políticos, es una de las eminencias y una de las glorias de la España moderna.

Rey de la palabra, desde que obtuvo el primer triunfo, ha vivido y vive en una verdadera corte, cuya guardia de honor es la admiracion universal.

Al ver lo inmenso de su triunfo, creyeron algunos obra de la fascinacion sus primeras ovaciones, y esperaron que andando disminuiría el calor de sus admiradores.

Diez y siete años han pasado, y en este tiempo no ha hecho más que aumentar su reputacion, logrando, sin perder las flores, ofrecer al lado de ellas sazonados y sabrosos frutos.

Es imposible seguir á Castelar en todos sus discursos; su vida es hablar. En el hogar, en el paseo, en la reunion de amigos, en la cátedra, en el Parlamento, en las plazas públicas, en todas partes es siempre el orador. Ni un sólo momento duda, ni un sólo momento se debilita su palabra. Su imaginacion vuela siempre, y esclava favorita, obedece á su dueño, ganándole cuantas batallas empeña.

Castelar ha medido sus fuerzas con los más hábiles oradores parlamentarios. De todos ha triunfado, y bien puede decirse que si Orfeo con su música construyó una ciudad, Castelar con su palabra ha creado el partido democrático en España, y sobre su terreno ha edificado una república, que es una lástima no pueda realizarse.

Algunos ensayos que hizo en la novela obtuvieron un éxito fabuloso. Recordad sus libros *Arturo* y *La hermana de la caridad*.

En el Ateneo de Madrid explicó durante tres años, en medio de un público entusiasta, *La historia de la civilizacion en los cinco siglos primeros del cristianismo*. Trabajador incansable, después de haber escrito algun tiempo en *La Soberanía nacional* con Sixto Cámara, llegó á ser el primer redactor de *La Discusion*, y como en 1858 habia ganado por oposicion, en la que hizo brillantísimos ejercicios, una cátedra de literatura en la Universidad Central, vive poseído de la fiebre del trabajo.

No habia dia en que no escribiese un artículo y algunos sueltos para el periódico, en el que no explicase una leccion en la Universidad, otra en el Ateneo y al mismo tiempo escribia algunas páginas de esas obras que se han leído con avidez en todas las naciones civilizadas.

El 1º de Enero de 1864 fundó *La Democracia*, periódico notabilísimo, que, colocado al frente de la oposicion, hizo una brillante campaña periodística, provocando los sucesos de la noche de San Daniel y preparando la jornada del 22 de Junio.

Al dividirse el partido democrático en demócratas y socialistas, logró Castelar que su política, conservadora dentro de sus ideas, prevaleciese en la organizacion del partido, reconociendo su supremacia el comité central. La parte activa que tomó en la preparacion de los sucesos del 22 de Junio fué causa de que el consejo de guerra le condenase á muerte: pero disfrazado y apoyado por personas de gran influencia, pudo llegar sano y salvo á la frontera.

Hacia ya mucho tiempo que los periódicos de la América del Sur se disputaban sus escritos. Durante muchos años, enviaba todos los meses dos artículos á uno de los periódicos más importantes de Buenos Aires. En París escribió mucho para América, y fruto de sus vigilias han sido las rotas *Semblanzas Contemporáneas* que dá á luz en la Habana "La Propaganda Literaria" hace pocos meses, y que han merecido el envidiable honor de ser traducidas á los principales idiomas de Europa, y la *Vida de Lord Byron*, notabilísimo libro que conserva inédito tambien "La Propaganda Literaria," que he tenido el gusto de leer y que es acaso lo más acabado y mejor que ha trazado su brillante pluma. (1)

(1) JUAN PALOMO ha tenido el gusto de ver una carta de Emilio Castelar al editor de las *Semblanzas Contemporáneas*, en que dice: "Estimaré á usted que imprima en tomo aparte y bajo otra forma la *Vida de Lord Byron*, que es mi mejor obra."

Tambien en París, al ponerse de acuerdo todos los emigrados liberales para llevar á cabo la revolucion de Setiembre fué uno de los que más influyeron y trabajaron en la preparacion de este acontecimiento.

La revolucion le abrió de nuevo las puertas de España, y le reintegró en su cátedra, que el Gobierno de Narvaez le habia arrebatado.

Fué necesario resolver una cuestion trascendental. ¿Seria España monarquía ó república?

Los demócratas se dividieron. Algunos aceptaron la forma monárquica con tal de inculcar en ella sus doctrinas; los otros, en su inmensa mayoría, optaron por la república.

Desde aquel momento, compartió Castelar con sus amigos Figueras y Pi y Margall la direccion suprema del partido republicano.

Los golpes más rudos, los ataques más enérgicos de que han sido objeto los revolucionarios monárquicos, han sido llevados á cabo por Castelar. Creian algunos que el orador de las academias, de los ateneos, de los clubs, al llegar al Congreso perderia parte de su grande autoridad en que las habilidades parlamentarias destruirian los grandes rasgos, los magníficos períodos, los elocuentes apóstrofes del orador poeta. No fué así: y en la campaña de las Cortes Constituyentes ganó un puesto al lado de los primeros oradores del mundo.

El hijo del modesto empleado, nacido en Cádiz en 1831, y que á los pocos años de ver la luz quedó sin más amparo que su madre, el oscuro estudiante de Novelda, Alicante y Valencia; el jóven estudioso que pasaba sus vacaciones en Cantavieja, (provincia de Tíenel) devorando libros; el pobre redactor de sermones, ha llegado á ser una de las grandes figuras de la civilizacion moderna.

Si en vez de hacer un retrato, trazara un juicio crítico, yo lamentaria que tan inmensas cualidades estén al servicio de ideas irrealizables, y no me explicaria que la Providencia hubiese dotado con un génio tan soberano al propagador de semejantes ideas, á no pensar que queria demostrar de este modo, que todo el génio, que todo el poderío del hombre en la tierra, que toda la fascinacion que puede ejercer sobre las masas, no bastan á realizar lo que es humanamente imposible.

Pero no soy crítico: mi mision para JUAN PALOMO es más humilde, y lo único que siento es no tener en mi paleta los brillantes colores que necesitan los rasgos de la fisonomía de Castelar.

Su vida pública es universalmente conocida; profundicemos algo, hasta donde sea posible, en su vida privada. En primer lugar, se nos aparece el hombre lleno de gratitud á su familia, que vive rodeado de la admiracion de su época. Ha podido contraer enlaces brillantísimos. Castelar no ha pensado, y estoy por decir que no ha amado nunca más que á dos mujeres: su madre y su hermana. En aquellos tiempos en que por la primera vez se embriagaba con las demostraciones de entusiasmo que á todas horas recibia, su primer pensamiento era ofrecer á su madre y á su hermana aquellos gozes que le sonreian, cuando de todas partes acudian á su casa á pedirle sus escritos, dándole por ellos cuanto queria: su idea predominante era brindar con comodidades y satisfacciones á su madre y á su hermana.

Cuando la primera murió, quedó al lado de la segunda, y con ella ha vivido y con ella vive, sencilla y modestamente, como si sólo fuera un simple mortal.

He dicho ántes que vive rodeado de admiradores, y con ellos forma una corte, de la que es rey. Es verdad: y puedo añadir que sus amigos, leales todos, completan su familia.

¿Creeréis que goza oyéndose aplaudir? Pues mayor es su goce cuando puede dispensar un beneficio, no ya á un amigo, sino á un adversario. Uno de sus biógrafos ha hecho de él y de sus ideas esta pintura:

"La elocuencia que arrebató; la frase que conmueve; la voz que fascina; la poesía que seduce; el alma de un Titán en el débil cuerpo de un hombre. Hé aquí á Castelar. Habla, y arrebató á los oyentes que estáticos le escuchan; escribe, y sus escritos conmueven las fibras más recónditas del corazón de los pueblos. Castelar es republicano, republicano de corazón, porque su poética imaginacion halla en tales teorías vastísimo campo donde desarrollar sus inspiraciones. Castelar ama la república como el pájaro el nido donde le aguarda su amada, como la oveja la flor donde liba dulcísima miel. Pero la república que ama Castelar, como Lamartine, es el más delicioso de los sueños. Sus purísimas doctrinas están en el corazón de todos, pero para realizarlas sería preciso volver á los tiempos de Esparta: sería preciso quitar á los hombres sus pasiones, su ambicion, los instintos que la educacion ha desarrollado y las necesidades que la civilizacion ha creado. La república de Castelar sería posible en un pueblo de ángeles, y desgraciadamente, somos hombres harto débiles y terrenales para gozar tal ventura."

Estoy de acuerdo con todas las apreciaciones del párrafo anterior: creo que si llegara á realizar sus ideas, añadiría á las glorias que ya tiene, la del mártir; pero tambien creo que todos los gobiernos, aún los más autoritarios que haya en España, reconocerán en Castelar un gran talento, un gran corazón y una gran virtud.

JULIO NOMBELA.



INGLATERRA. — ¿Podría V. decirme de que está relleno ese pastel?

OTRA VEZ CARLITOS.



Me parece que es hora!

¡Seguidme!!

¡Sigamos!!

Carlitos se asombra al ver que no le reciben con el entusiasmo que esperaba.

Busca un alcornoque carlista para dejarle otra vez su nombre escrito.

Y se retira á sus hogares. Hasta otra ocasion!

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 1.º DE SEPTIEMBRE.

"Aquí yace quien os espera."
ARISTIPO."Vale, vale; nos ordene quo
natura voluerit, sequemur."

¿Oyes de las plañideras
los muy lastimosos gritos?
¿Oyes de los laborantes
los dolorosos gemidos?
¿De las trompetas y flautas
oyes los sonos tristesísimos?
Murió *La Revolución*,
murió, murió el organillo,
dejando á los ex-junteros
en desconsuelo sumidos.
Este es su entierro; detente,
vélo pasar, conducido
en andas por los que fueron
sus solícitos padrinos:
Aldama, Mestre, Bramosio,
Echevarría, Carrillo,
Merchan, Alfonso, Delmonte
y otros ilustres patricios,
que van cantando del muerto
las virtudes y servicios.
Vienen después los bufones,
mandados por el periclitito,
que en esta fúnebre marcha
tiene el cargo de arquímimo.
Son Rafael y Jordan,
y Ryan, que con ridículos
gestos y voces se burlan
de su difunto enemigo.
Enseguida siguen de este
los honrosos distintivos:
una pluma de gallina,
otra de ganso, un borrico,
una esponja con vinagre,
una bola, un organillo,
varias guayabas, un ciego,
una rueda de molino,
un hígado por tintero,
un oso, un violon, un pito,
una careta, una tea,
y un estómago vacío.
Después siguen los retratos
de sus ascendientes, digo,
siguen Ponce de León
y Piñeyro el erudito.
Viene luego una caterva
de emigrados condolidos,
y detrás las suripantas,
rotos los moños postizos
y las ligas en pedazos,
llorando á moco tendido,
que aunque es fingido ese lloro
y odian al que ha fallecido,
ellas son en los entierros
las plañideras de oficio.
Ya se detiene en el Foro
el cortejo: ya ha subido
á la tribuna Merchan,
y un elocuente y sentido
discurso pronuncia el triste
en elogio de su amigo.
Ya van al Campo de Marte;
ya está el cadáver, vestido
con un ropaje de amianto,
sobre la pira tendido:
Cavada le prende fuego,
Cavada, que presto vino
desde el infierno al saber
que incendiar era preciso.
Arde la pira; á cenizas
ha quedado reducido
el órgano celebrado
que fué del laborantismo!
Aguilera es el que apaga
la horrible hoguera con vino,
y después de bien lavados
los restos con ese líquido,
se colocan en las urnas
junto á los que ya se han ido:
La Voz del Pueblo, *El Demócrata*,
El Diario Cubanito,
La Estrella, *La Patria*, etcétera,
y sobre la urna inscrito
este epitafio se lee:

"Aquí yace un organillo
llamado *Revolucion*,
que tocó sin ton ni son
y ha muerto de un tabardillo.
"Pero deja sucesion,
"es decir, un libelillo
que podrá ser más ramplon,
"pero no será más pillo."
En efecto, *La Republica*
besó el último suspiro
del moribundo, y es hoy
órgano reconocido
del nuevo orden de cosas,
ó desórden, mejor dicho.
Mas ay! que su vida es breve
y hay ya preparado un nicho
junto á *La Revolución*
para el último organillo.

"A este perro mal nacido
á quien yo mostré el turbante,
no le fio yo secretos,
que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida
y he de escribir con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas:
quien tal hace, que tal pague."

Camino de Nueva York,
montado en tren velocísimo,
cabalga Adolfo Varona,
cabizbajo y pensativo.
Sus ojos despiden rayos
aún á través de los vidrios
de sus elegantes gafas,
montadas en oro fino.
Venganza respira el pecho,
venganza contra el "periclitito,"
que su honor ha lacerado
con dardo agudo, incisivo.
"¿Así divulgas, Manolo,
los secretos de tu amigo?
¿A tu secretario vendes
por un talego mezquino?
Tú, que has robado docenas,
¿y por uno que he tenido
la suerte de arrebatarte
me acusas de un modo indigno?
Si tienes el corazón,
Manuel, como tu bolsillo,
tan grande que verlo lleno
jamás tu audacia ha podido;
si como mueves los dedos
blandes espada ó cuchillo;
si eres listo en la pelea
como en el hurto eres listo,
y así repartes mandobles
como recoges zarcillos;
si sabes acometer
uno á uno en desafío,
como al frente de tus tropas
huir á escape has sabido;
sal á ver si te defiendes
como insultas por escrito.
Sal, que te espera Varona,
tu secretario y amigo,
con un látigo en la mano
para romperte el bautismo."
Y salió Manuel Quesada,
y Varona echó al olvido
el insulto y el agravio,
á pesar de que está escrito,
y ámbos se dieron la mano
y quedaron muy amigos.
Y diz que una linda mora,
que fué del lance testigo,
dijo para su turbante:
"Cuando en algun desafío
hay metido un laborante
no llega la sangre al río."

JOHN BULL.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XVIII.

El calor era sofocante.—Si en España oyeran mi relacion,
se sorprenderían, pues por allá no se comprende que á me-

diados del mes de Octubre, lo mismo que en Junio, lo mismo
que en Diciembre, nos derritamos bajo los trópicos como ve-
las de sebo al lado de un fogón. Ya usted no sabe lo que es
tiritar, amigo don Juan, pues se *aplata* del todo.

—No es extraño, le contesté; vine á Cuba muy joven, for-
mé una familia, y aquí pienso dejar los huesos.

—No cuenta usted con la huésped.

—¿Qué huésped es esa? pregunté sorprendido.

—¡La independencia de Cuba! exclamó marcando en sus
lábios la más irónica de las sonrisas.

—¡Cál no hay cuidado, Pacheco; así tuviera yo tan seguro mi
pellejo para pelear sin cuidado, como tiene España asegura-
da la posesión de este pedazo de tierra, que ántes se hundiría
en el mar que caer en manos de los insurgentes.

—¡Dios oiga los votos de usted, que son los míos y los de
todos los leales! Pero usted, que es jefe de una familia cuba-
na, ¿no tiene miedo de que mañana sus hijos se rebelen contra
el pabellón de su padre?

—Nó: mis hijos están educados por mí, en el santo temor
de Dios, en el leal amor á la verdadera patria, inclinando la
cabeza con respeto ante la bandera que protegió su cuna. Des-
engañese usted, don Félix; la educación tuvo gran parte ó to-
da la culpa en este criminal movimiento de rebelión contra la
madre patria; si se hubiera vigilado la educación de los ni-
ños, estos, convertidos en hombres, y el país, no se verían
hoy expuestos á un desastre, porque un desastre será el tér-
mino de esa farsa manigüera. Esa juventud que busca en los
campos padecimientos que tendrán para ella un tristísimo fin,
no es tan culpable como sus padres, que dejaron germinar la
mala semilla, después de haber abandonado la tierra para que
la prepararan los predicadores de la idea, los malos maestros.
¿Qué había de suceder? Que esos jóvenes, fascinados por un
falso sentimiento de patriotismo, se lanzaron á conquistar una
ilusión, como si las ilusiones no fueran siempre la perdición
de la humanidad. Cuba perdió con la insurrección su dulce
calma....

—Y yo perdí mi pierna, me interrumpió el alférez, lanzando
un profundísimo suspiro.

—Pero veo que nos vamos á enredar en reflexiones so-
bre la rebelión, y nos separamos del relato de los amores de
usted con Adelina Casamayor, que presentaban una nueva faz,
puesto que al cabo entró usted por el ojo de la tuerta; y como el
grito de Vara desenmascararía á los enemigos de España, su-
plíco á usted que no me retarde la continuación de la historia.

—No deseo otra cosa, don Juan, y á fé que me dá usted gran
contentamiento al saber que no sólo no le cansa mi historia,
sino que la oye con gusto, procurándose así el dulce desaho-
go de comunicar á alguna persona mis sufrimientos morales;
porque por más que usted se burle de mi manera de sentir,
de mi impresionabilidad nerviosa, de mi voluble carácter, la
verdad es que Adelina me hizo padecer mucho, y que todavía
cuando la nombro, siento alguna dificultad en el aparato res-
piratorio, á causa de la opresión de mis pulmones.

—Vamos, vamos, amigo Félix, dije mirándole de reojo; ya
es tiempo de que anude usted el hilo cortado por inútiles di-
gresiones.

—¡Ay! quisiera ser indiferente á aquellas sensaciones, pero
no es posible....

—Guarde usted los suspiros para el final, y entonces, dé-
jelos usted escapar todos juntos.

—La Virgen de la Caridad me libre de seguir ese consejo!

—¿Por qué?

—Porque esa aglomeración de suspiros lanzados á la vez de
un pecho como el mío, equivaldría á hacer reventar una granada
en medio de esta sala; las paredes no resistirían la explosión
de mi alma.

—Vamos, Pacheco, repuse con la risa en los labios. ¿Quiere
usted hacerme el favor de continuar el relato sin más in-
terrupciones?

—Allá voy.

—Aceptado por usted el programa de conciliación que le
propuso don Ruperto Casamayor, en nombre de sus herma-
nos, debió usted ir al día siguiente....

—Y fui, amigo mío.

—Ya me lo figuro.

—Pues bien: fui á casa de Adelina por la noche, dejando
pasar todo el día para que la tuerta se convenciera de mi fuer-
za de voluntad en dominarme, y—¡qué diablos! no quiero es-
conder mis sentimientos—porque algunas horas vi correr, lu-
chando con cierto temerillo que entonces no me explicaba y
que tenía su racional fundamento.—"¿Qué quiere de mí esa
buena señora? Es altamente inverosímil que después de su ac-
titud y de su fiera, venga ella misma á llamarme! ¿Por qué
esperan de mí su salvación?" Estas y otras reflexiones, fan-
dadas en las palabras mismas de don Ruperto, me hicieron
detener la visita; pero al oscurecer, los pies me empujaban
fuera de casa, el alma bailaba en mi cuerpo como un peon
agitado por un impulso superior, y mis ojos buscaban la plaza
de la Soledad.... Era preciso ser débil; ¡y lo fui!

—Y aquí comienza la parte mejor del cuento, dije con tono
de interés.

—Tenga usted calma, don Juan amigo, porque es muy posible que lleguemos al desenlace sin que haya usted encontrado ese interés que forma la atracción en las novelas; pero el que dá lo que tiene, no está obligado á más.

—Es cierto. Adelante.

—Entré en casa de don Gonzalo, habiendo dejado en la calle mi aire receloso, mis temores, mis sospechas; todo se había desvanecido ante la presencia de Adelina; y me convencí de que doña Casiana había suspendido sus hostilidades, porque sabiendo que yo debía ir, dejó á su hija que me esperara asomada á la ventana; aquella muestra de completa transacción me enagenó el alma de placer; y entré, como decía, sin recelo, porque Adelina me significó con los ojos que el campo era mío y que nada tenía que temer. Si ha amado usted con contrariedades, comprenderá bien, don Juan, cuánta sería la satisfacción que debía sentir al verme al lado de la mujer que amaba, sin tormentos, sin oposiciones, sin peligros. Al entrar, irradiaba la alegría en la cara de doña Casiana, que me pareció hasta hermosa; ¡cuál no sería mi ceguera del momento cuando creí que en su único ojo veía la estrella que alumbraba mi felicidad!

—¡Ave María! ¡Es usted delicioso, querido Pacheco!

—Al poner el pié en la sala, don Gonzalo se levantó con muestras del mayor afecto y fué á tenderme la mano, que acepté con demostración casi filial; y uso de esta frase casi, porque entonces me creí cerca de mi suegro; corrí á ponerme enfrente de la puerta, y puedo asegurar á usted que fué la primera vez que la contemplé á mi sabor, cara á cara..... Sea porque hubiera desterrado el avinagrado de su gesto—y páseme usted la palabra—sea porque los ojos obedecen siempre á las impresiones del alma, la verdad es que no me pareció tan fea. Tendíla la mano derecha, y la aceptó sin las demostraciones del afecto que me había prodigado su marido, porque tenía talento y comprendía que aquel cambio tan radical con razón la hubiera hecho sospechosa. D. Ruperto no se había levantado para recibirme, queriendo sin duda manifestarme que me trataba ya como de la familia; pero me miró sonriendo, cual si se apropiase la satisfacción general que se adivinaba hasta en la brisa juguetona que refrescaba la sala.

Doña Casiana debió comprender que era crítica la situación de todos, y como sabía mucho y tenía mundo, se encargó de tomar la embocadura á la conversación, como diría un flautista; y por cierto que es una de las cosas más difíciles en sociedad. Yo estaba, por supuesto, sentado junto á Adelina; fuera por previsión, fuera por esa casualidad, protectora de los amantes, habían quedado dos mecedores vacíos delante de la ventana, esperando dos cuerpos; y como los demás sillones estaban ocupados, la previsión ó la casualidad nos obligaron á colocarnos en ellos, á Adelina y á mí, imitando á los novios, ya aceptados diplomáticamente por la familia, que tienen reservados sus puestos.

—¡Qué cambiada encuentra usted la ciudad! me dijo la puerta, valiéndose de ese pretexto para entablar la conversación, como si entonces me importara nada de la ciudad, nada que no fuera Adelina.

—Para mí ha mejorado todo, señora, le contesté con entusiasmo.

—¿Mejorar? ¡Se chancea usted sin duda!

—¡Libreme Dios! Crea usted que al entrar en Puerto-Príncipe, después de la más sensible de las ausencias, todo, todo me ha parecido hermoso.

—No sé qué tiene este Camagüey que gusta tanto á cuando le visitan, á pesar de que las casas no corresponden....

—Bah! no hay que buscar el motivo; lo que embellece un país es el mérito de sus mujeres, y dudo mucho que la Casiana pudiera disputar la hermosura á las damas de esta tierra.

—Es usted galante, y le doy gracias, dijo don Gonzalo.

—Hago justicia al suelo privilegiado que piso, caballero Casamayor.

Volví los ojos para mirar á Adelina, y por los de ella vi cruzar una nube negra que me alarmó, aunque bien pronto comprendí el motivo; le había disgustado oírme celebrar el mérito de las camagüeyanas, y tuvo celos de todas. ¡Oh! ¡las mujeres! Verdad es que cuesta poco, muy poco, engañarlas; hícelas un guiño significativo, sin que nadie más que ella lo notara, y en ese guiño la convencí de que, como veía su cara en la de todas las mujeres, todas me parecían bonitas.

—Y qué contestó usted á doña Casiana acerca del estado de la ciudad después del grito rebelde? Eso es lo que quiero saber.

—Ya verá usted lo que contesté. Ahora, por lo pronto, voy á tomar aquella naranjada que me trae el asistente, y á fumar un cigarrito. Después.... diré á usted sólo dos palabras: las dos palabras que los novelistas, abusando de la paciencia del lector, ponen entre paréntesis al pié de los folletines. Hélas aquí: (Se continuará).

JUAN-SIN-TIERRA.

LA INTERNACIONAL.

Querido amigo PALOMO: há tiempo ya que pensaba, en prosa ó verso, *endilgarte* esta mal trazada carta; y siempre se me oponían como insuperable valla de esta estación los rigores, que me abruman y *aplantan*. Por fin, vencí la pereza que el calor en mí engendrara, y allá te mando esta epístola, *salga pez ó salga rana*. ¿Qué piensas, PALOMO amigo, de esa cancerosa llaga que á nuestra vetusta Europa le ha salido en la garganta? ¿Qué opinas de esa serpiente, que al social cuerpo enroscada, le oprime con sus anillos y le cubre con su baba? ¿Qué crees, en fin, de ese engendro monstruoso, que se llama *La Internacional*, y lleva por dó quiera la desgracia, la destrucción, el pillaje, la ruina y la venganza? que se dice protectora de las clases proletarias, para embaucar á los simples y hacerles seguir su causa? que hace la guerra á los ricos, y á aquellas creencias santas que las criaturas conservan en el fondo de su alma? que ha anulado el matrimonio, la religión y la patria, y destruye la familia y á la propiedad la llama un robo, según las bases de la escuela Prudoniana? que se declara enemiga, con un cinismo que espanta, de cuanto el hombre ha creado, de cuanto la raza humana levantó, tras luengos siglos con sus potentes espaldas? que sólo el pretexto engañoso de proteger á las masas, á las huelgas las empuja para después arrastrarlas á destruir lo existente con pico y tea incendiaria? que como una débil muestra de su crueldad y su saña, nos dió en París la *Commune*, el *brigandaje* en Italia, la *extranguladora* en Londres, y en Suiza y en Holanda, y en Roma y San Petersburgo, y en Nueva York y en España, esos siniestros agentes que en las sombras se levantan y asesinan y envenenan y destruyen á mansalva cuanto se opone á sus miras y á su fatídica marcha? ¿No es cierto, PALOMO amigo, que esta situación te espanta, y que el social cataclismo se acerca á paso de carga, si pronto eficaz remedio no se pone á esa *avalancha* destructora, que desciende de las vecinas montañas y amenaza con el luto á toda la raza humana? ¿Por qué no oponer un dique á tanta locura, y tanta conculcación de principios con que se nos amenaza? Los hombres todos que tienen arraigadas en su alma las salvadoras creencias de Dios, Familia, Ley, Patria, por qué á una voz no se unen en formidable cruzada, y á esa sociedad naciente, cuyas tendencias espantan, no combaten decididos

hasta lograr extirparla? Ese cosmopolitismo de que se hace tanta gala, no lo crees una utopía, dado el grado en que se hallan de cultura, hasta los pueblos que marchan á la vanguardia de esa ilustración moderna, que encierra tanto de farsa? Dígame en verdad, amigo, que no puedo leer con calma cuanto dicen los periódicos de las terribles hazañas de esa sociedad atea, que es baldón de nuestra raza, y oprobio de nuestro siglo; y en la cual veo retratadas de siniestra demagogia las sangrientas amenazas. Perdona, PALOMO amigo, perdona si yo en mis ansias te hice saber mis temores y mis fundadas alarmas, al ver preñado de nubes que récio huracan presagian el horizonte político que á nuestra vista se alza, ofreciéndonos en triste presagio para el *mañana*, perturbación, exterminio, sangre, fuego, el caos!.... nada!!!....

Y adios, querido PALOMO.

Siempre tuyo,

JUAN CAMAMA.

SARTENAZOS.

Tráiga usted una luz á ver si logramos distinguir algo en el oscuro telegrama de Haití.

Yo sólo veo que nos piden 5,000 duros; que es cuanto se puede ver!

Y que el orgullo nacional haitiano está herido. ¡Pobrecito! A la casa de socorros con él.

Y que el *Hornet* todavía flota sobre las aguas.

¡Esto sí que es oscuro del todo!

Y que.... nos piden 5,000 duros.

Al que los pide díganle que los *apunte*.... hasta que digamos ¡fuego!

—Sofía, por qué no vás hoy á los baños de Romaguera?

—Mamá, hay tantos curiosos, y no tengo gusto....

Un filósofo de playa, murmurando:

—Lo que tú no tienes son pantorrillas.

Vaya usted viendo qué cosas!

El doctor Nichols [muy señor mío] dice que hay en el cuerpo humano fósforo bastante para hacer dos cajitas de fósforo [¡por supuesto! de qué habían de ser?] de las de á dos centavos.

Compadre, y vivimos así, sin saber lo que tenemos en el cuerpo?

Y dice también que hay en el cuerpo, además, agua bastante para ahogar al mismo individuo, ó mejor dicho, á otro individuo.

Mire usted, señor.... como se llame usted; esa no cuela: hay hombres que no tienen gota de sangre en el cuerpo. ¡Si hablara usted de vino!

Ahí está don Pancho Aguilera, que podrá decir si me fundo, ó no me fundo.

JUAN PALOMO ha recibido la entrega 10ª del *Album histórico de la Guerra de Cuba*.

Acompañan á estas páginas los retratos de los generales Espinar y Carbó.

En un pueblo de Andalucía han colocado este letrero á la puerta del Campo Santo:

“Aquí no se entierran más que los muertos que *viven* en este pueblo.”

El.—No es eso; pero ya ves que ahora hay el matrimonio civil.

Ella.—¡Toma! ¿V qué es eso?

El.—¡Ah! Que no se pueden casar más que los civiles.

Ella.—¡Qué picardía! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

El.—No te apures, Pepa, que yo todos los días miro los papeles á ver si traen el matrimonio de la artillería, y entonces me toca á mí.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO.

Ladrido.—El suspiro de un mambí.
Lana.—La única cosa que no cria Dios, porque la crían los borregos.
Langosta.—Los laborantes.
Lágrima.—La llave que usan las mujeres para abrir el bolsillo de los maridos.
Látigo.—La razón que más ha de convencer a los insurrectos.
Lacre.—El cerrojo de las cartas.
Laborante.—Animal muy parecido al hombre, y que se alimenta de esperanzas; que es la manera de comer verde más decente y disimulada que se conoce.—Algunos dicen que es un *cacho* de sin-vergüenza con chaleco y botas de charol.
Lápida.—El sobre de los difuntos.
Ladrar.—Entiéndase, *meeting cubero*.
Labra.—Jóven y aprovechado orador del porvenir.—Cabo de trompetas del laborantismo.—Especie de remiendo pegado en los calzoncillos de Azcárate.

CANTARES.

Llora perlas doña Emilia,
 desengaños llora Aldama,
 y llora Pancho Aguilera
 rico aguardiente de caña.

Que tiene un clavo en el pecho
 á Aldama se le figura,
 porque erró:—pues vaya un sitio
 de llevar las *herraduras*!

Si quieres ser laborante,
 no tienes más que exclamar:
 —Señor, á poca vergüenza
 ninguno me ganará.

Un francés, Mr. Fribourg, ha escrito la historia de *La Internacional*; se sospecha que no ha pasado del prólogo.

Otro francés, Mr. Thiers nada menos, dijo en la Cámara: "Señores, os anuncio que estamos tocando el violon en lo que á *La Internacional* toca, porque queremos; aquí hay un señor Fribourg que ha escrito la historia de esa asociación, y por fuerza debe estar bien enterado: propongo que se le prenda y que cante."

Mr. Fribourg fué preso y llevado á declarar.

—¿Conoce usted á los miembros de *La Internacional*? le dijo el Juez.

—Por lo ménos conozco perfectamente al más templado, respondió.

El Juez dió un salto y agarró á Mr. Fribourg por el cuello de la camisa.

—Nómbrelo usted al momento, su nombre pronto.

—Mr. Julio Simon, ministro de Francia, contestó Fribourg con la mayor tranquilidad.

Los jueces quedaron estupefactos, y el historiador murmuró por lo bajo: "El que huye del perejil..."

—Compadre, decía un andaluz á otro: tenía anoche tal sueño, que me quedé dormido sin sentir; y cuando me desperté por la mañana, ví que me había quedado con la mano en la frente en el momento de persignarme.

—¡Cá, hombre, eso no es nada! A mí me ha pasado más. Una mañana, al despertar, me encontré con las manos apoyadas en la cama y todo el cuerpo fuera, en el aire.

—¿Cómo!

—Como que me quedé dormido al saltar á la cama.

—¿Viene ó no viene esa expedición de Cayo Hueso?

Hablo de esa, capitaneada por un dentista.

Ahí tiene usted un filibustero que verá satisfechos sus deseos: porque le enseñaremos los dientes.

El *Casino Español de Matanzas* ha tenido la bondad de remitir á JUAN PALOMO la memoria escrita por su secretario, don Juan F. Michelena, y en la que se demuestra el próspero estado de aquella dignísima sociedad.

JUAN PALOMO agradece el obsequio y felicita al autor del trabajo.

Un individuo que tenía que cobrar una letra de cambio, tomaba informes sobre la persona que debía pagarle.

—No tengas cuidado, le dijo un amigo; es uno de los más ricos banqueros de la población, y sería muy feliz si no fuera ciego.

—¡Ciego! ¡Con que es ciego! Pues me ha fastidiado, porque la letra es á la vista.

—¿Se admira usted de que Pancho Aguilera, que no sabe más que *hacer esas*, escriba manifestos? pues aún suceden en el mundo cosas más raras.

¡Pásmese usted! En Londres se ha celebrado una exposición de gatos.

Me parece que es cuanto se puede exponer!

Yo creía que los gatos no están nunca más expuestos que cuando andan por los tejados en el mes de Enero, *flechados*

por *Cupido*: sobre todo, *expuestos*... á caerse á la calle. Pero su verdadera exposición ha sido en el Palacio de Cristal.

Dicen que se habían ofrecido muchos premios á los gatos, según sus colores.

Supongo que el jurado que ha de juzgar el mérito se compondrá de ratas.

Digo; á mí me parece lo más lógico: ¿quién sabrá distinguir mejor sus buenas ó malas cualidades?

DONDE MENOS SE PIENSA...

Inmediato al Matadero,
 un ciego, en cierta ciudad,
 pedía una caridad
 en sentido lastimero.
 Quiso el diablo que aquel día,
 por un descuido casual,
 se escapara del corral
 un toro; y tal gritería,
 tal ruido y tal algazara
 en la calle se movió,
 que el ciego se apercibió
 del peligro en que se hallara.
 —¿No hay alma caritativa
 que me saque de este apuro?
 ¿No hay quien me lleve hasta el muro?—
 clamaba en voz compasiva.
 En esto el toro acomete
 al ciego, y de una hociada
 le administra tal trompada,
 que dentro el muro le mete.
 —¡Voto á Jesús soberano!
 gritó el ciego desde el lodo;
 ¡pues hombre, me gusta el modo
 de socorrer á un cristiano!

EDUARDO SACO.

Está dando conciertos en Nueva York una profesora de Viena, que dirige una orquesta de señoras.

Los coroneles de varios cuerpos desean contratar aquella banda musical para sus respectivos regimientos.

La noche en que las señoras dieron su primer concierto, encontraron en la caja del violon una gran cantidad de billetes amorosos.

Y cuando tocaban magistralmente el *allegro* de una pieza, uno de los bajos dió á luz un niño con los dolores de costumbre, mientras el público gritaba entusiasmado:

—¡Muy bien! que se repita!

Un sartenazo, y no flojo, recibirán los laborantes y los maniqués que estos mueven á su placer en la manigua, así que empiece á circular el libro del Sr. Bas y Cortés titulado *Cartas al Rey*, que según noticias fidedignas, estará en disposición de darse al público dentro de breves días. Conocemos varias de sus patrióticas *Cartas*, por la sencilla razón de que otros colegas las han dado á luz en sus columnas anunciándolas, y así no tenemos inconveniente en recomendar el libro á nuestros lectores, asegurándoles que en él encontrarán tratadas con novedad varias cuestiones vitales para la política del porvenir de esta Antilla.

A la Asamblea francesa le han propuesto que imponga una contribución sobre las nodrizas.

Sería curioso ver á los agentes del Fisco andar de casa en casa haciendo pruebas prácticas para averiguar si las mujeres de servicio eran nodrizas ó no.

Por más que á JUAN PALOMO no le dé muy fuerte por el género encomiástico, hoy quiere echarle una flor al ministro Ruiz Zorrilla.

Y no precisamente por lo que dice que hará, pues es sabido que las palabras se las lleva el viento, sino por lo que está haciendo ya para probarnos que obras son amores.

Por lo pronto, ha introducido en el presupuesto de la nación economías que ascienden á 400 millones de reales; y seguirá economizando.

Este es el verdadero camino que conducirá á la nivelación del presupuesto y á la felicidad de la Patria.

La fórmula es muy sencilla: gastar lo que se tiene en vez de lo que se debe.

Bien por el Gobierno!

A Londres habían llegado Bergeret, Dereure, Vaillant, Parent, Mégy, Forestier, Durand, Le-francais, Vesnier y otros muchos comunistas de los más famosos.

También estaban allí los hijos y la viuda de Dombrowski. Y se esperaba á Félix Pyat.

¡Ah! También llegó el cólera morbo, en tren expreso.

Dios los cria....

Baldorioty de Castro, Acosta y Blanco, diputados por Puerto Rico, que salieron huyendo de la Isla, y laborantes de los de primera fila, habían llegado á Cherbourg y se disponían á salir para Madrid, donde iban á ofrecer sus servicios á *La Constitución* (periódico).

Castro y Acosta son de color oscuro; el tercero ya ustedes ven que se apellida Blanco.

A última hora, estos señores no sabían aún que en Madrid se reparten palos entre los laborantes. Si lo hubieran sabido á tiempo, se quedan en Cherbourg. Pero lo sabrán, yo se lo digo á ustedes.

Los soldados franceses prisioneros en Alemania ascendían á la enorme suma de 350,000. De estos han muerto en los depósitos 20,000, y han quedado en los hospitales 12,000 enfermos, que la sociedad de socorros se encarga de trasportar cuidadosamente á Francia.

El chiste de este sartenazo tienen ustedes que ir á que se lo explique el señor de Bismark ó don Luis Napoleon.

Y si no les hace reír lo que les digan, pueden ustedes sacudirle un palo á cualquiera de ellos.

O si nó, miren ustedes, mejor será que les sacudan varios á los dos. Ganados los tienen: con que.....!

Se anuncia un nuevo libro de Víctor Hugo, titulado: *Un año terrible*.

Yo lo titularía: *Un año de petróleo*, para lo que ustedes gusten mandar.

ANUNCIOS.

HA LLEGADO LA CUARTA ENTREGA.

POST TENEBRAS SPERO LUCEM
 1903.

PRIMERA EDICION DE D. QUIJOTE REPRODUCCION EXACTA DE LA PRIMERA EDICION HECHA EN 1605.

POR LA FOTO-TIPOGRAFIA EN 1871

ADMINISTRACION

DON QUIJOTE
 DE LA MANCHA.

CADA ENTREGA \$1-50, en Cuba y Puerto Rico.

Se suscribe en La Propaganda Literaria, O'Reilly 54

CANTARES DE VUELTA-ABAJO, RECOPIADOS POR UN GUAGIRO.

(4 REALES FUERTES.) (EDICION DE 1871.)

El libro que hoy se anuncia es una recopilación de esas décimas á que tan aficionados son los campesinos de Cuba y que forman la poesía popular del país. Inéditas unas y recopiladas otras entre las más bonitas y variadas que se cantan en nuestros campos, al publicarlas se ha buscado el medio de proporcionar á aquellos entusiastas guagiros la más completa variedad de estas, en que se expresen todas las impresiones que siente, sus mil afectos y aficiones, su manera peculiar de ser. Para comprender el caudal de composiciones que componen los Cantos de Vuelta-Abajo, basta leer el sumario del libro, que es el siguiente:

Dos palabras.—*El guagiro español.*—*Cantos de un veguero.*—*El amante despreciado.*—*Mi jardín.*—*Cantos de Ariguanabo.*—*Mi protesta de amor.*—*El indio de Maniabon.*—*Desden y constancia.*—*El poeta desdichado.*—*Las monterías.*—*Flor del alma.*—*Querellas de amor.*—*Amor y constancia.*—*Un recuerdo.*—*A un jazmin.*—*A mi guagira.*—*Amor y pobreza.*—*Cantos cubanos.*—*Mariana.*—*La gloria de Paso Viejo.*—*Los celos.*—*La molienda.*—*En el campo.*—*Amor á Cuba.*—*Las vaguerías.*—*Mi huerto.*—*La puerta del comedor.*—*Nobleza y cariño.*—*El y ella.*—*Delicias de un guagiro.*—*Súplicas de un montuno.*—*Contestacion de la montuna.*—*La paz.*

Consta de un volumen en 4.º, de más de 50 páginas á dos columnas, letra clara y compacta, buen papel y una elegante cubierta de color. Su precio 50 centavos, así en la Habana como en el interior, franco de porte. Al que compre por cuenta propia de 25 á 100 ejemplares se le hará una rebaja de 20 por 100, y de 100 en adelante, el 35 por 100.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigirán á LA PROPAGANDA LITERARIA, O'Reilly, 54.—Habana.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria." "CALLE DE O'REILLY, NUMERO 54.